

en serio esta cuestion. No hablamos de la ambicion de la Iglesia que explota la reaccion, movimiento de retrogradacion inevitable en las épocas de la revolucion. Que la Iglesia saque partido del temor que inspira un porvenir desconocido para volver á atraer á los pueblos al catolicismo, nada más natural. Que crea que la reaccion es un estado definitivo y que á su voz va á renacer la Edad Media, no nos extraña; ¿no nos presenta la Historia á cada paso la incurable ceguedad de los partidarios de lo pasado? Estas ilusiones no nos inspiran ni temor ni sorpresa. Tenemos una fe profunda en el gobierno providencial y en los progresos de la humanidad; la tentativa de hacer marchar al mundo hácia atras es á nuestros ojos tan insensata como las alucinaciones de los locos que se imaginan coger la luna con las manos. Dejemos á los muertos descansar en sus sepulcros y volvamos á los vivos. Uno de los grandes historiadores de nuestro siglo ha agitado la cuestion de saber si venció el catolicismo ó el protestantismo, y la ha resuelto diciendo que el catolicismo y el Pontificado son imperecederos (1). El nombre de *Macaulay* merece por sí solo que se tomen en consideracion las opiniones que emite, tanto más cuanto que el historiador inglés es eco de una opinion bastante general en el mundo político acerca de los destinos religiosos de la humanidad.

Cuando se interroga la historia de la Iglesia, tan íntimamente unida desde el cristianismo á la de los Estados, se encuentra una serie de insurrecciones contra el Pontificado; ahora bien, dice *Macaulay*, los Papas han salido siempre vencedores de los ataques dirigidos contra su poder. La primera rebelion estalló en la Edad Media en el Mediodía de la Francia. Una civilizacion semipagana habia propagado allí una libertad de espíritu desconocida en otras partes. El libre pensamiento engendró las herejías y el desprecio del catolicismo; el país entero amenazaba con romper el yugo de Roma, cuando, á la voz de Inocencio III, los Cruzados se lanzaron sobre los Albigenses, y ahogaron la insurreccion en la sangre de los herejes; la Inquisicion acabó la obra de aquella sangrienta conversion. Siglo y medio despues de la Cruzada de los Albigenses, la Bohemia se levantó contra los asesinos de J. Hus;

(1) MACAULAY, *Historical Essays*, vol. 4: *Ranke's history of the popes.*

victoriosos por mucho tiempo, fueron al fin vencidos los Husitas. En el siglo XVI la rebelion se convirtió en una revolucion; en ménos de cincuenta años se extendió la Reforma por la mitad de la Europa; los reformadores se jactaban de poner término al reinado del Antecristo que dominaba en la Babilonia moderna. Pero se manifestó una reaccion inesperada; la Sede, manchada por los Borgias, fué ocupada por santos. Una vida nueva circuló por el mundo católico. Los papas detuvieron la marcha victoriosa de la Reforma y le arrancaron gran parte de sus conquistas. En el siglo XVIII se preparó una revolucion más formidable; cuando la filosofia hubo socavado los cimientos de la antigua sociedad, la tempestad se desencadenó y arrancó de cuajo los tronos y los altares. ¿Quién no hubiera creído que habia llegado el último día del catolicismo y del Pontificado? Sin embargo, en el momento en que escribimos, nos hallamos en plena reaccion católica (1).

Estas victorias alcanzadas por el Pontificado sobre enemigos tan diversos y tan peligrosos han ilusionado á *Macaulay*. El poder de los hechos es muy grande sobre la raza inglesa; tal vez el célebre historiador ha cedido, sin saberlo, á esta influencia, cuando proclama que el Pontificado, léjos de hallarse en decadencia, está lleno de vida y de juventud (2). Observemos que este juicio procede de un protestante. *Macaulay* reconoce que la Reforma está más en armonía con la razon que el catolicismo, declara que es un progreso. Pero ¿qué importa?, dice, la religion no es progresiva; ni la religion natural, ni la religion revelada; los progresos de las ciencias no tienen nada que ver con la religion: un hombre muy ilustrado puede creer en misterios que la razon considera como absurdos; así vemos en pleno siglo XIX las supersticiones más groseras admitidas en las clases elevadas de la sociedad.

La conclusion es desconsoladora. La admitiriamos en boca de un católico; si el catolicismo es la verdad revelada, debe ser eterno. Pero, cuando un escritor nos dice que el catolicismo es el producto del error y del fraude, y cuando añade que este sistema de

(1) Escrito en 1857.

(2) « *The papacy remains, not in decay, not a mere antique, but full of life and youthful vigour.* »

supersticiones y de engaños está destinado á reinar siempre, nuestra conciencia se subleva, clama que es imposible, porque esto equivale á negar á Dios. Si hay un Dios, hay tambien una verdad, y á la verdad corresponde el gobierno del mundo, no á la impostura ni á la mentira. En nuestra opinion, el ilustre historiador se engaña; se engaña en la apreciacion de la Historia; se engaña en la apreciacion de la religion. Aun cuando *Macaulay* tuviera razon en el terreno de los hechos, áun cuando la victoria hubiese sido siempre favorable al Pontificado y al catolicismo, esto no sería una razon para convertir este hecho en teoría; y mucho ménos aún para deducir de él la eternidad de una institucion que se reconoce ser contraria á la razon. Despues de todo ¿qué es un hecho áun cuando tenga á su favor una tradicion secular? Los más grandes abusos, los más grandes crímenes sociales, tienen á su favor esta misma autoridad. La servidumbre ha sido un hecho universal. No digamos del Pontificado lo que Aristóteles ha dicho de la esclavitud. La poderosa inteligencia del filósofo griego se ha dejado influenciar por la universalidad de la servidumbre; pero el hecho, cuando está en oposicion con el derecho, no tiene ningun valor, por larga, por general que sea su duracion. En cuanto la conciencia humana reconoce que un hecho es contrario al derecho, ó contrario á la razon, no debe ceder al peso de la tradicion, debe protestar, y esta protesta triunfará, áun cuando no sea más que la voz de un hombre; porque el porvenir pertenece á la verdad, no á la fuerza ni al error.

Ateniéndose á las apariencias, el Pontificado queda victorioso en la Edad Media; los Albigeñes son exterminados, los Valdenses desaparecen. Pero mirando las cosas más de cerca, se advierte que las hogueras que consumen á los herejes son igualmente funestas á los que las encienden. Los hombres perecen, las ideas no se destruyen por la violencia; solamente los errores desaparecen, la verdad es inmortal; lo que habia de verdad en las herejías del siglo XII sobrevivió á los desgraciados sectarios. Se pretende que el Pontificado salió victorioso; ¿de dónde han salido, pues, los precursores de la Reforma en el siglo XV? Verdad es que Hus pereció en la hoguera, y que los papas ahogaron en sangre la terrible insurreccion provocada por el martirio del refor-

mador. Pero, repetimos, la idea no sucumbió bajo el hierro ni el fuego, y en cada renacimiento gana nuevas fuerzas, purificándose, desprendiéndose del error que la desfigura. La Reforma se prepara en Inglaterra y en Alemania. Despues viene Lutero, que venga á J. Hus, exclamando: ¡todos somos Husitas! Los papas reunen todas sus fuerzas para luchar contra un enemigo que renace sin cesar de sus cenizas; consiguen contener los progresos de la Reforma, y áun recobran parte del terreno que habian perdido. ¿Quiere esto decir que ha vencido el Pontificado? ¡Singular victoria contra la cual el mismo vencedor se ve obligado á protestar! Aun cuando la paz de Westfalia consagra las conquistas de Roma, el Papa se niega á firmarla, y tiene razon de protestar, porque el vencido es el cristianismo histórico, de quien es órgano. ¡Qué importan las ventajas parciales del catolicismo! Por lo mismo que sus triunfos no son más que parciales, el catolicismo sucumbe. El Pontificado queria restablecer la unidad cristiana, traer á los descarriados á la obediencia de los vicarios de Cristo; y despues de luchas furiosas, una paz solemne, sancionada por todos los Estados de la cristiandad, concedió la tolerancia á los protestantes. Hé aquí por qué el Papa no firmó la paz de Westfalia; se siente vencido; pero, fiel á su papel, sufre su derrota, no la acepta.

En el curso de nuestros Estudios continuaremos con la lucha del catolicismo contra la sociedad nacida de la Reforma; detengámonos ahora en los resultados de las guerras de religion. El Papa protesta contra la paz de Westfalia, contra la tolerancia que concede á la herejía; su protesta tiene por objeto reservar el porvenir. Si realmente el catolicismo fuese lo que pretende ser, la expresion de la verdad revelada, el porvenir sería suyo, y pudiera decirse que no ha sido vencido, porque no ha aceptado su derrota. El hecho nos trae, pues, nuevamente á la idea: ¿quien ha vencido en la esfera del pensamiento? La conciencia humana ha fallado sobre este punto; el catolicismo es vencido por la Reforma, y es vencido áun más fundamentalmente por la filosofía. ¡Es vencido por la Reforma! Lo prueban las victorias mismas que el catolicismo ha alcanzado sobre los protestantes. ¿Las debe á la superioridad de su doctrina? ¿las debe á ese principio divino de que se precia de ser

el representante? No ha sido mediante la libre discusion y el poder de la verdad, sino por medio de la violencia, de la inquisicion y del jesuitismo, como la Iglesia ha ganado terreno. El historiador ilustre á quien combatimos confiesa que la política pontificia es una política de astucia y de engaño (1): ¡de manera que, segun *Macaulay*, el espíritu de dominacion, ayudado por el fraude, está destinado á gobernar eternamente el mundo!

Prosigamos. Si el catolicismo es la verdad revelada, su dominacion es de origen divino, es el gobierno de Dios mismo mediante el órgano que ha escogido. Esta ha sido siempre la pretension de los papas, como tambien han pretendido, y aún hoy lo repiten sus defensores, que la religion católica garantiza á la vez la estabilidad, el órden y la libertad. No es esta la opinion del historiador inglés, y las inteligencias no preocupadas reconocerán con *Macaulay* que la reaccion del catolicismo ha sido poco provechosa para los pueblos que volvieron á entrar bajo las leyes del Pontificado. La comparacion de los países protestantes y de los países católicos es completamente favorable á la Reforma. ¿Qué han ganado la Italia, la España y la Bélgica bajo el yugo de Roma? La decadencia intelectual, moral y física. El árbol se reconoce por sus frutos, dice la Sagrada Escritura. Una doctrina que produce la muerte, no está llamada á dirigir los destinos del género humano: éste necesita una doctrina de vida, y la vida no está más que donde se encuentra la libertad de pensar, es decir, no está en el catolicismo.

Si el catolicismo ha sido vencido, ¿quiere esto decir que el protestantismo haya quedado vencedor? Entendámonos. El historiador inglés á quien contestamos tiene razon al decir que el protestantismo, despues de su primer arranque y despues de la reaccion católica, se ha quedado estacionario; hace siglos que no lleva adelante sus conquistas. ¿No es este tambien un signo de muerte? En cierto sentido, sí. El protestantismo como tal, es decir, el pretendido regreso al cristianismo primitivo, era una ilusion de los reformadores, ó, si se quiere, un arma de guerra para batir en

(1) Among the contrivances which have been devised for deceiving and controlling mankind, the polity of the Church of Rome occupies the highest place.

brecha á la Iglesia. Una vez conseguido su objeto, el protestantismo debia trasformarse; esta trasformacion se ha realizado, no solamente en el seno de la sociedad protestante, sino tambien fuera del protestantismo oficial. Los reformados dicen hoy que su religion es la religion del progreso; así entendido, hay una infinidad de protestantes fuera de la iglesia protestante. Hay naciones enteras, católicas en apariencia, que no tienen del catolicismo más que el nombre; si no son protestantes á la manera de Lutero y de Calvino, lo son por la libertad intelectual y por la tolerancia que distingue á los descendientes de Lutero y de Calvino. En definitiva, no son ya los papas ni los reformadores del siglo XVI los que reinan sobre la sociedad; es un espíritu nuevo, que procede de lo pasado, pero que no es ya el espíritu de lo pasado.

II.

Tampoco en esto podemos admitir la opinion del historiador que venimos combatiendo. Sin embargo, en el momento en que escribimos (1), la reaccion católica está en todo su apogeo, parece mucho más poderosa que en la época en que *Macaulay* proclamaba imperecedero al Pontificado. A juzgar por las apariencias, el escritor inglés ha sido profeta. El catolicismo concentra todas sus fuerzas para recobrar el gobierno de la sociedad; las divisiones interiores que lo debilitaban han enmudecido; la unidad, principio de su fuerza, es más absoluta que nunca; ya no hay oposicion en el seno de las iglesias nacionales; hasta los altivos galicanos se doblegan ante el vicario de San Pedro; ya no hay hostilidad entre el clero regular y el clero secular; ambos se reunen en un esfuerzo comun y supremo. Y este esfuerzo heroico parece coronado por el éxito. El Pontificado ha hecho en medio del siglo XIX lo que al fin del XVIII hubiera parecido imposible; por una parte ha obtenido concesiones, en pro de lo que llama su libertad, de manos de aquellos reyes que se han mostrado siempre más celosos por su independendencia; por otra parte, se ha atrevido á invadir el país he-

(1) 1857.

rético por excelencia, la isla de los Bretones; se ha atrevido á más, ha promulgado frente á frente de la filosofía, y contra todo buen sentido, un dogma nuevo que no es más que una nueva superstición. Podría decírsenos: vosotros, que habláis de las señales de los tiempos, ¿estais ciegos hasta el punto de no ver en lo que está sucediendo á vuestra vista, las señales evidentes de un renacimiento católico?

Comparemos este pretendido renacimiento del catolicismo con la época en que la Iglesia reinaba sin rival. Durante los largos siglos de la Edad Media, el Pontificado era soberano de derecho, si no de hecho. Su supremacía era reconocida por los reyes, rivales naturales de su poder. El Emperador, que parecia gobernar á la cristiandad de acuerdo con el Papa, recibia su corona de la Santa Sede; la pretension de los Gregorios y de los Inocencios era que correspondia al Vicario de San Pedro el derecho de juzgar la dignidad del elegido y de deponerle cuando se hacia indigno: los emperadores mismos confesaban que, si se hacian culpables de herejía, quedaban *ipso facto* excluidos del trono. Esta dominacion era reclamada por los papas como un derecho divino. Aun hoy se llaman sucesores de San Pedro y vicarios de Cristo; pero ¿qué se ha hecho el derecho divino en virtud del cual conferian las coronas y deponian á los reyes? El Imperio no existe ya; los reyes han ocupado el lugar del jefe temporal de la cristiandad. Entre estos reyes hay cinco grandes potencias que tienen en sus manos los destinos de Europa, y por decirlo así, del mundo: tres son heréticas ó cismáticas. ¿Por qué no hace uso el Papa de su poder divino? ¿porqué no confiere sus reinos á príncipes católicos? La pregunta parece una ironía insultante, y sin embargo es seria. Repetimos que los papas de la Edad Media se llamaban señores de los reyes por derecho divino. ¿Acaso cambia el derecho divino? Si cambia, ¿qué es del catolicismo? Si es inmutable, debe ser en el siglo XIX lo que era en el siglo XII. Pero ¿qué son los papas de nuestros dias en comparacion de los Inocencios y los Gregorios? Méenos que una sombra vana.

Desde que existe, la Iglesia ha reivindicado lo que ella llama su *libertad*. En la Edad Media la *libertad de la Iglesia* se confundia realmente con la soberanía; era el mismo derecho que el Pontifi-

cado reclamaba contra el Imperio, y al cual llamaba tambien su *libertad*. La *libertad de la Iglesia* era la *servidumbre del Estado*. Comparábase á la Iglesia con el alma, y al Estado con el cuerpo. Así como el alma tiene imperio sobre el cuerpo, la Iglesia lo tenía sobre el Estado; el Estado no tenía legitimidad por sí mismo, no la tenía más que como delegado de la Iglesia; llevaba la espada temporal, pero la habia recibido de la Iglesia, y debia desenvainarla cuando la Iglesia se lo mandase. Las leyes que daba no tenían autoridad sino cuando la Iglesia las aprobaba; eran nulas de pleno derecho si estaban en oposicion con la libertad eclesiástica. Esta soberanía indirecta no era suficiente para la necesidad de *libertad* que la Iglesia experimentaba. Poníase fuera del Estado y sobre el Estado; las inmunidades, los diezmos, la jurisdiccion, hacian de la Iglesia un cuerpo independiente y que amenazaba invadir por completo el poder temporal. Y todos estos derechos, todos estos privilegios los reivindicaba á título de derecho divino. ¿Sucede lo mismo todavía en el siglo XIX? Abranse nuestras constituciones, áun aquellas que dan más derechos á la Iglesia, y en ellas se verá que la nacion es soberana. Los papeles han cambiado: el *cuerpo* ha llegado á ser señor, y, como no puede haber dos soberanos, el *alma* queda sujeta al *cuerpo*, porque la soberanía del Estado implica la dependencia de la Iglesia. Su libertad de derecho divino ha llegado á ser un verdadero embarazo para la Iglesia: ya no se atreve á reclamar los diezmos, ya no se atreve á reclamar las inmunidades. Reiteramos nuestra pregunta: ¿cambia el derecho divino? Si cambia, ¿qué es de la inmutabilidad católica? Si no cambia, ¿por qué la Iglesia no tiene en el siglo XIX los derechos que tenía en el siglo XII?

La Iglesia ha cambiado hasta tal punto, que los grandes hombres del catolicismo no le reconocerian, si pudieran resucitar; ahora bien, la Iglesia no es más que la manifestacion exterior de la religion. ¿Habrá permanecido ésta inalterable mientras que la primera se trasformaba? Esta proposicion es contradictoria en sí misma. Supongamos que las creencias religiosas sean hoy todavía las mismas que eran en la Edad Media; la Iglesia tambien sería la misma, porque las creencias religiosas, el concepto de la vida propio del catolicismo, son los que han dado á la Iglesia la

ENC
Y LIBR
Ja
COR

autoridad soberana de que gozaba. Es, pues, completamente evidente que, si la Iglesia de la Edad Media no existe ya, tampoco existe la religion de la Edad Media. La dominacion del Pontificado era espiritual en el sentido de que su influencia descansaba en la conciencia cristiana. Si en el siglo XIX habláramos de la dominacion del Pontificado, pareceria un chiste de mal gusto: ¿qué ha sido, pues, del imperio que ejercia sobre las conciencias? Ha habido una época en que los papas conmovian el mundo á la voz de *Dios lo quiere*. En nuestros dias hemos visto una nueva guerra de Oriente: ¿era una cruzada de la cristiandad contra los infieles? La cristiandad se ha coaligado para ir en auxilio de los infieles. Estas son las señales de los tiempos. El cristianismo, omnipotente en la Edad Media, ha dejado de influir en los destinos de los pueblos, y su influencia ha cesado precisamente desde las horribles guerras de religion; el catolicismo que dominaba el mundo político se ha visto precisado á abandonarlo á los príncipes y á los pueblos.

La decadencia ó la trasformacion de la religion no ha parado en esto. En la Edad Media el cristianismo reinaba en la esfera de la inteligencia lo mismo que en la política; todo el movimiento intelectual procedia de la religion; no habia más que una ciencia, la teología, que lo abarcaba todo y ocupaba todas las fuerzas del espíritu humano. ¿Sigue la teología cristiana presidiendo al movimiento intelectual del siglo XIX? La pregunta parece una ironía. Sin embargo, si el catolicismo es divino, debe ser en el siglo XIX lo que era en el siglo XIII. Si todo estaba relacionado con la religion, si todo procedia de ella en la Edad Media ¿por qué ya no sucede así? La pregunta es seria, y los restauradores de lo pasado lo conocen tanto que han tratado de construir una ciencia católica. Pero, despues de muchos programas pomposos, áun estamos esperando los resultados, y habrémos de esperarlos por mucho tiempo. Y es que la ciencia vive de la libertad del espíritu; la libertad de espíritu ha producido realmente una ciencia, y esta ciencia da, respecto del mundo, del hombre y su destino, soluciones totalmente contrarias á las del catolicismo. ¡Trátase, pues, de conciliar la ciencia y el catolicismo!

III.

Llegamos al punto más importante del debate suscitado por el ilustre historiador, cuyo talento admiramos, pero cuyas opiniones sobre el porvenir del catolicismo no podemos admitir. Lo que acabamos de decir prueba ya que la religion no es tan inmutable como pretenden *Macaulay* y los hombres políticos. La teoría del progreso ha entrado en la conciencia general, é inspira á los mismos que la niegan. Si hay progreso en la esfera de la inteligencia y del sentimiento, es imposible que no lo haya en la esfera de la religion. La religion es una concepcion de las relaciones del Creador y las criaturas, una concepcion de los destinos del hombre. Ahora bien, esta concepcion varía necesariamente segun el grado á que llega el perfeccionamiento intelectual y moral de la humanidad. La idea que Newton se forma del mundo ¿es la misma que la que se formaban los patriarcas? ¿Son hoy nuestros sentimientos los del pueblo judío? Si las ideas y los sentimientos han cambiado, ¿cómo ha de permanecer inmutable la religion, expresion de las ideas y de los sentimientos? Poco importa que se considere á la religion como una revelacion milagrosa ó como una revelacion contnua por intermedio de la humanidad. Aun suponiendo que Dios revela directamente á los hombres lo que deben creer, tiene que guardar proporcion en su enseñanza con las facultades de aquellos á quienes la destina; no es lo mismo la instruccion que se dirige á un niño que la que se dirige á un hombre ya formado, y lo que sucede en el individuo, es tambien cierto en el género humano.

Los cristianos andan poco acertados al negar que la religion sea progresiva. Olvidan que el cristianismo ha sido un progreso y que como tal ha sido celebrado por los Padres de la Iglesia. ¿Qué digo? ¿No es el mismo Jesucristo, no es su célebre *Sermon de la Montaña* el que ha inaugurado la doctrina del progreso en la esfera de la religion? Recordemos, puesto que se aparenta ignorarlas, aquellas famosas antítesis: *Habéis oído que se ha dicho: ojo por ojo, diente por diente. Y yo os digo: no hagais resistencia al per-*

verso, y, si alguno os hiere en la mejilla derecha, presentadle tambien la izquierda. ¿Cuál es la ley que decia: ojo por ojo, diente por diente? Era la ley de Moisés, ley revelada. ¿Habia enseñado Dios la verdad absoluta al proclamar la ley del talion? ¿Quién se atreveria á afirmarlo? Así, pues, el error va mezclado con la verdad en la revelacion divina; por mejor decir, la verdad no se manifiesta más que progresivamente. Escuchemos á San Agustin, cuando comenta las palabras del Evangelio: «Volver mal por mal nos parece hoy una crueldad indigna de un legislador; sin embargo, era un verdadero progreso, porque puso límites á la venganza, que ántes era ilimitada. Imponiendo límites á la venganza, el legislador dispuso los ánimos al perdon de las injurias; la ley del talion fué por consiguiente una preparacion para el olvido de las ofensas y el amor de los enemigos.» Hé aquí el progreso religioso en una religion revelada, proclamado por el revelador mismo, por Aquél á quien los cristianos adoran como Hijo de Dios, y explicado por Agustin, el gran doctor de Occidente, como lo explicaria hoy la filosofía.

En la larga lucha que el cristianismo tuvo que sostener contra el mundo antiguo ¿cuál fué el arma de sus defensores? Esa misma doctrina del progreso. Los partidarios de lo pasado preguntaban á los cristianos por qué se separaban de una tradicion universal, base del órden social; los acusaban de sobreponer su opinion individual á la autoridad de una venerable antigüedad, y de trastornar la sociedad con sus innovaciones. ¿Qué respondian los cristianos? «Los paganos dicen que es preciso volver á la fe de nuestros antepasados. Pero ¿no se va mejorando todo? El caos ha sido ántes que el mundo, y las tinieblas ántes que la luz; la tierra nueva, al salir de las sombrías aguas, recibe maravillada la nueva luz del sol. Los partidarios de lo pasado deberian decir, pues, que todo debia haber permanecido como en su origen; que el mundo, primitivamente envuelto entre tinieblas, les desagrada desde que lo ilumina el esplendor del sol!» Hé aquí lo que responde San Ambrosio al pagano Simaco. Todos los padres se expresan de la misma manera. Escuchemos á uno de los más grandes, San Agustin: «Nada es inmutable en el mundo; todo cambia. El verano sucede al invierno, el dia á la noche. ¿Cuánto no se modifica el

hombre al pasar de la infancia á la juventud, de la adolescencia á la edad madura y á la vejez? Y las reglas, las leyes ¿no cambian con los tiempos?... Esto mismo sucede con las revelaciones que Dios da á la humanidad. Él sabe lo que conviene á cada tiempo, á cada edad; cambia, añade y quita; todas estas modificaciones, cuya naturaleza no alcanzamos á comprender, forman en los planes de Dios una bella armonía; son como el magnífico canto de un gran artista» (1).

No llevaremos más adelante la gran cuestion del desarrollo progresivo de las religiones; lo dicho basta para nuestro objeto. Si el cristianismo ha sido un progreso sobre las religiones anteriores, aún reveladas, la posibilidad del progreso religioso existe. Si el progreso ha tenido lugar en los tiempos pasados, puede tambien realizarse en el porvenir; esta posibilidad se convierte en certidumbre para todos los que tienen fe en la educacion providencial del género humano. Las consideraciones que opone Macaulay al progreso religioso son poco convincentes. Segun él, las supersticiones que han nacido en nuestro siglo de las luces, son prueba de que el sentimiento religioso está eternamente sometido al imperio de la ilusion y de la mentira. No es esta la primera vez que el triste espectáculo de la supersticion en el seno de una sociedad civilizada aflige al historiador filósofo; pero se explica cuando se considera el carácter de las épocas en que se manifiesta. Es una enfermedad del espíritu humano que acompaña á la decadencia de las religiones. Bajo el imperio romano dominaban las creencias más extravagantes en las clases que pasaban por ilustradas, mientras que los discípulos de Cristo, despreciados por los grandes del siglo, difundian la buena nueva entre los desheredados del mundo. Si el cristianismo, á pesar de su existencia secular, no ha destruido esta planta parásita, es porque tambien él contiene un elemento supersticioso; ¿qué tiene de extraño que el espíritu humano, alimentado de errores por espacio de siglos, se entregue á nuevas supersticiones, cuando las antiguas han perdido para él su atractivo y su autoridad? En suma, siempre ha de haber enfermedades del alma y del cuerpo; ¿prueba esto que el hombre no debe y

(1) Véanse los detalles en el t. IV de mis *Estudios*.

no puede perfeccionar las facultades de su alma y de su cuerpo?

Macaulay ha llegado á negar el progreso religioso, comparando los destinos del protestantismo y los del catolicismo. Si la religion fuera realmente progresiva, dice, los protestantes hubieran debido ganar terreno sobre los católicos, y sin embargo, ambas confesiones permanecen estacionadas desde la paz de Westfalia. Como se ve, la fuerza del hecho sigue dominando al historiador inglés. ¿Qué importa que el protestantismo no haya llegado á reemplazar al catolicismo? Hay para esto varias razones que iremos viendo más adelante; pero no deben buscarse en un hecho exterior los argumentos en pro ó en contra del progreso religioso; es preciso entrar en las profundidades de los sentimientos y de las creencias, de las ideas y de las doctrinas. ¿Es exacto que el cristianismo es inmutable bajo sus dos formas, protestantismo y catolicismo? Esta es la verdadera cuestion. Considerada bajo este punto de vista, la revolucion religiosa del siglo XVI es la manifestacion más patente del dogma del progreso. Para el protestantismo esto es completamente evidente. Lo que prueba cuán irresistible es el progreso, es que los protestantes han abandonado los dogmas mismos con los cuales habian hecho la revolucion: ¿donde están hoy las sectas que se mantienen fieles á las creencias de Lutero y de Calvino sobre la libertad, la gracia y la predestinacion? No ha parado en esto la trasformacion del protestantismo; las sectas más avanzadas han ido más allá que el cristianismo histórico, rechazando la divinidad de Jesucristo: ya no media entre los unitarios y los filósofos más que una diferencia de formas y de palabras. Es inútil insistir sobre este punto, puesto que los protestantes mismos dicen, como un título de gloria, que la Reforma es la religion del progreso. Pero ¿es cierto, como dicen los mismos, que el catolicismo es la religion de la inmovilidad?

Esta es ciertamente la ambicion del catolicismo. Considera como un título de gloria la censura que se le dirige; si es inmutable, consiste en que está en posesion de la verdad revelada. A juzgar por las apariencias, el catolicismo es en efecto inmutable en sus artículos de fe, á lo ménos desde que fueron determinados por los concilios generales. Pero ¿siguen teniendo esos dogmas en el siglo XIX la significacion que tenian en el IV? Esto es lo que im-

porta averiguar, y se puede responder resueltamente que no. Hemos dicho en otra parte de qué manera concilian los grandes pensadores de la Edad Media el progreso con la pretendida inmovilidad de la verdad revelada; la doctrina persiste la misma, dicen; lo que cambia es la interpretacion de la doctrina (1). Ahora bien, el dogma no existe para nosotros sino en cuanto le percibimos en nuestra razon; si, pues, la concepcion del dogma cambia, el dogma cambia tambien. Considérese la gracia y las consecuencias terribles que de ella deduce San Agustin. El pecado original sigue figurando en el catecismo ortodoxo; la gracia y la predestinacion continúan como creencias, segun se dice, invariables. Pero el pecado original ha llegado á ser una cosa tan pequeña, que casi no vale la pena de hablar de él; la gracia no es ya un privilegio exclusivo del creyente; la predestinacion ha perdido lo que tenía de terrible. ¿Se quiere la prueba? La teología de Agustin condena á la inmensa mayoría del género humano, al paso que la tendencia de la teología de los nuevos católicos es á salvar el mayor número de almas posible; muy pronto el infierno no será más que un espantajo. El progreso invade, pues, hasta el terreno de la inmutabilidad.

¿Qué será si salimos de la esfera del dogma para entrar en la de la vida? Los artículos de la fe no constituyen toda la religion; tanto es así, que son letra muerta para la inmensa mayoría de los creyentes. La religion es principalmente una concepcion de la vida, del destino del hombre. Pues bien, nosotros preguntamos, ¿la concepcion de la vida sigue siendo hoy todavía lo que era en los primeros siglos? ¿Qué ha sido del espiritualismo excesivo de los discípulos de Cristo, su desprecio de la vida, su aspiracion á la muerte, su esperanza del próximo advenimiento del juicio final? Si se quisiera hacer la sátira de la inmutabilidad católica, no habria más que comparar las máximas de la vida de los primeros cristianos con las máximas y la vida de nuestros nuevos ortodoxos. La trasformacion es completa; no hay nada comun entre unos y otros más que el nombre. De suerte que el progreso resplandece en la realidad

(1) Véase el t. VIII de mis *Estudios*.

lo mismo que en la teoría; es imposible que suceda de otra manera. El progreso es la ley del género humano, puesto que la vida de la humanidad es una educación, y toda educación es progresiva. ¿Qué inexplicable contradicción había de hacer que la religión, el instrumento más activo, más poderoso de la educación, fuera el único que permaneciese inmutable, mientras que las generaciones á quienes ha de educar cambian incesantemente de sentimientos y de ideas?

LIBRO PRIMERO.

LA LUCHA.

CAPITULO I.

LA REACCION CATÓLICA.

I.

En su primer empuje, pareció que la Reforma ponía en peligro la existencia del catolicismo; invadió rápidamente una gran parte de la Europa central, la Alemania casi por completo, la mitad de los Países Bajos, las tres cuartas partes de la Francia; penetró hasta en España y en Italia. Pero pronto cambió el aspecto de la cristiandad; el Pontificado, á quien se creía muerto, cobró nuevas fuerzas, detuvo el movimiento ascendente del protestantismo, le arrancó el mediodía de la Alemania y de los Países Bajos y casi toda la Francia; destruyó definitivamente la Reforma en Italia y en España. ¿Cual es la causa de esta reaccion? ¿Es debida á la excelencia del catolicismo? ¿Es una prueba de su divinidad? Los católicos quisieran hacerlo creer así. Pero, si la reaccion es fruto de una inspiracion divina, ¿por qué ha cesado despues de la sangrienta guerra de los treinta años? ¿Por qué permanecen invariables los límites de ambas confesiones desde la paz de Westfalia?